al público desvirtuando o exagerando los matices o los tiempos. Pero hay algo que el compositor, al ser la dialéctica musical más rica que lo que el creador puede escribir en un pentagrama, no puede expresar de manera explícita, y es ahí donde entra el intérprete. Por eso debe éste poseer una cultura no sólo musical, sino también espiritual. En general, las opiniones de Stravinsky coinciden con las del gran director Sergiu Celebidache, que es uno de los pocos artistas que se ha preocupado profundamente de la fenomenología musical.

El breve epílogo con que remata el ciclo de conferencias es un resumen de lo expresado a lo largo de las lecciones. Finaliza con un canto de alabanza a la música, que es «como un elemento de comunión con el prójimo y con el ser».

Menos técnico y mucho menos importante que *El estilo y la idea,* de A. Schönberg, la *Poética...* stravinskyana es, sin embargo, un interesante aporte a nuestra escasa bibliografía musical. La traducción española es medianamente aceptable, con no pocas expresiones bastante discutibles y algunas rechazables.

Personalmente recomendaríamos a los lectores interesados el libro *Stravinsky en conversación con Robert Craft,* que contiene un más amplio panorama del pensamiento—en todos sus aspectos—del gran autor de *El pájaro de fuego.—J. C. RUIZ SILVA (Joaquín Costa, 51, 4.º MADRID-6).*

LOS ORIGENES DE LA NOVELA LATINOAMERICANA

Durante los últimos años se nos ha repetido hasta la saciedad que la novela latinoamericana arranca y parte del nunca bien ponderado, apenas entendido, escasamente estudiado con rigor y seguido con bastante histerismo boom. Quien así ha opinado, y ha sido la mayoría, o desconocía la literatura o, lo que es peor, tenía la malicia suficiente como para ignorarla y despreciarla, lo que, en definitiva, es una forma como otra cualquiera de desconocimiento. Bien está que los componentes de ese movimiento que conocemos con tan extraño nombre hayan negado la existencia de los novelistas anteriores a ellos y hermanos de continente. Y digo que bien está, porque esa postura es no solamente necesaria, sino imprescindible para todo aquel que tenga el más mínimo deseo de vanguardia y, por tanto, de ruptura con la herencia re-

cibida. Este intentar partir de cero, de un primer lugar donde antes no había nada, no ya que no mereciera la pena de tenerse en cuenta sino lisa y llanamente que no existió nadie que ocupara el lugar del narrador, este intento, digo, se nos presenta como tópico y típico en la literatura mundial de todos los tiempos. No hay que darle más importancia de la que intrínsecamente posee, que ya es mucha. Luego se verá que realmente no hay tal ruptura sino más bien continuidad en los temas esenciales de la vida y de la muerte, de los seres y de los objetos. He escrito continuidad y realmente tenía que haber puesto insistencia, para que nadie se alarmara. Cuidado que en ningún caso pretendo insinuar repetición, pues será el punto de vista del artista el que consiga que esa temática ya no sea la misma que había sido tratada en el pasado, ni siquiera que pueda hacerse referencia a ella. La entrega del testigo es, de esta manera, la proclamación de la libertad humana, en el acto de prescindir de lo que se recibe por conderar asumido ese legado que ya no debe discutirse pero tampoco tenerse en cuenta a la hora de enfrentarse con la propia obra de arte. El comportamiento aparece una y otra vez, y siempre parece nuevo porque realmente es otro, nunca el mismo y jamás presentado con idénticas características. La novedad y la tradición vienen a fundirse en la estela que el hombre ha ido dejando como constancia de su historia y de su desgracia, en forma de literatura, de arte o de cualquier otro tipo de manifestación de cultura y de civilización. No es otra la enseñanza que hemos recibido de nuestros mayores y que hemos negado sistemáticamente, como no podía ni debía ser de otra manera.

La publicación de esta antología [1], sobre cuyas ausencias, sin ser muy notables, no pienso discutir, pues ya se sabe que son dos conceptos indisolublemente unidos, tanto que una antología sin ellas viene a ser como un jardín sin flores, la publicación, decía, confirma algo elemental, no por ello menos importante: que la novela de América Latina no ha nacido de repente, ni por generación espontánea ni por ciencia infusa. Detrás de esa espléndida floración, a cuyo estallido hemos asistido tan recientemente, hubo un número de escritores que fueron algo más que emborronadores de cuartillas, que hicieron otra cosa que solazarse en la contemplación amable del ser humano, que pensaron que la literatura debe ir siempre hacia adelante en la apertura de nuevas vías de expresión, de acercamiento y de interpretación de los misterios insondables del alma humana. Y es toda esta actitud la que los ha salvado de ese abismo cruel que es el olvido. No se trata por parte de los antologos de adoptar un patrioterismo que los haya obligado a encon-

[1] MARIO BENEDETTI y ANTONIO BENÍTEZ ROJO: *Un siglo del relato latinoamericano,* Edit. Casa de las Américas, La Habana, 1976, 747 págs.

trar unos orígenes que no existían. Existían y existen, y la actual novela latinoamericana parte de ellos y a ellos se debe, como éstos a la literatura clásica española y ésta a la griega y latina y etc. Ahora bien, es admisible que se diga que estos cien años anteriores tienen sentido a la luz del éxito inmenso habido en los últimos años. Pero, ojo, que ése ya es otro asunto que nada tiene que ver ni con la literatura ni con el arte, sino con el comercio y con la industria, con la moda editorial, temas todos muy respetables y dignos de tener en cuenta, pero que desbordan ampliamente los objetivos de este artículo. ¿Cabría preguntarse, de todas maneras, si hubiéramos detenido nuestra mirada en ese siglo de narradores, de no haber existido el boom? Dicho de otro modo, ¿es éste el que significa a los anteriores? Descartado el eruditismo inoperante, yo creo que la edición de este libro responde a un bien planeado esquema de trabajo, en el que no se ha actuado con argumentos previos que luego los textos se han encargado de confirmar. Más bien ha sido al revés, y ha sido de la lectura de éstos de donde se han desprendido las consecuencias que importaban para su actual aparición, aunque los textos admitan hoy una lectura al margen de estas consideraciones. Y ello es muy importante, pues fundamentalmente demuestra que es una literatura viva y fresca, válida plenamente para nuestra época y nuestra estética.

Los orígenes a que hace referencia el libro abarcan desde Fernández de Lizardi hasta José María Arguedas, o, lo que es lo mismo, desde los albores del siglo XIX hasta nuestros días. En medio de esos dos autores una amplia muestra de narradores, que abarcan la narrativa de ese siglo de literatura americana. Me parece que lo fundamental que arroja la lectura y el manejo de estos textos es la progresión que se nota en ellos. Cada nuevo relato va consiguiendo acercarse a una más amplia visión de las posibilidades literarias de la lengua castellana, sin que ello suponga que la selección de relatos se haya hecho desde perspectivas formalistas que buscarán ofrecer al lector perfeccionismos literarios que no pasarán de ese nivel. Creo que lo que pretende el libro es dar el panorama de una literatura que se ha mantenido viva desde sus albores, tratando de indagar sobre asuntos y problemas cuyo tratamiento es válido todavía. En este sentido se les podría reprochar a los autores de la antología que, siendo eso, el arte es algo más, y que concretamente en la narrativa latinoamericana de ese tiempo se pueden encontrar textos que darían no ya la razón, sino el convencimiento de que el abanico es más amplio de lo que a primera vista pudiera parecer. Por el contrario, si lo que han pretendido es llegar a la conclusión de que la narrativa fue durante esa época un cuerpo vivo y como tal en movimiento continuo sin reposo de ninguna especie, es indudable que lo han conseguido, y lo

han conseguido incluso de una manera más sencilla de lo que pudiera parecer *a priori,* pues desde las primeras líneas se aprecia un hilo común a todos los relatos: el tratamiento de la realidad latinoamericana, una realidad vasta y ancha, apenas conocida y peor tratada. Por elemental que pueda parecer he insistido en este punto porque creo que tanto los autores como los textos han sido traídos a las páginas de este libro en función de que son representativos de las luchas, las diferentes luchas que ha habido en el continente hermano por su independencia y liberación. Pero no sería honesto de nuestra parte criticar este criterio selectivo, que es tan válido como otro cualquiera, pues no implica ni presupone necesariamente que haya de incurrirse en el panfleto incendiario y de logros artísticos más bien nulos. No; en el libro hay un poco de todo, siempre ateniéndose a ese hilo a que antes he hecho referencia, y los altos y bajos en la calidad literaria de los títulos utilizados es consecuencia lógica en una antología tan amplia. Los fracasos literarios de bastantes textos tienen importancia en el contexto en el que son ofrecidos y no importa tanto este o aquel aisladamente, sino en relación y conexión con los otros, pues es esta visión unitaria del hecho literario la que da sentido a la obra y toma la conciencia común de la América Latina, una conciencia hecha a trancas y barrancas, sin la ayuda de nadie y con el rechazo de todos. En la más absoluta soledad.—*JOSE MARIA BERNALDEZ (Pablo Casals, núm. 6, 7.º D. MADRID-11).*

LOS VERDES DE MAYO HASTA EL MAR

De Luis Goytisolo: segunda etapa de una aventura literaria

Ojos, círculos, búhos (1970), de Luis Goytisolo, es un irónico «collage» en torno a la crítica de la sociedad de consumo, en que el autor nos muestra la desacralización del arte a través de la técnica de reproducción y el pastiche lingüístico. Este experimento imaginativo, barroco, al que podría sumarse la obra *Devoraciones* (1976), se inscribe en una nueva concepción de la literatura basada en la tensión en que se debate el hombre de nuestro tiempo entre las fuerzas de lo racional e irracional.

Recuento, segunda etapa del ciclo novelístico *Antagonía,* es hasta cierto punto un repudio del realismo social anteriormente cultivado por